

Laurence Debray

Hija de
revolucionarios

Traducción de Cristina Zelich



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Laurence Debray

Hija de revolucionarios

Traducción de Cristina Zelich



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Para mis hijos, Roxane y Samuel

Cuanto más se ama a alguien menos debe adularsele;
el verdadero amor es el que nada perdona.

MOLIÈRE, *El misántropo*

I. La emancipación

Nada quise saber durante mucho tiempo. Me la habían ocultado; era su historia. Cuanto menos sabía, más protegida me sentía. ¿Para qué hurgar en el pasado? Demasiado peso para cargar con él, demasiado molesto. Tenía una infancia por vivir, una vida por construir: preferí seguir adelante. Y avancé por la vida dejando «eso» de lado, en la orilla del camino.

En Venezuela, intenté armar el rompecabezas de mi familia materna. Atraída visceralmente por aquella tierra y apegada a aquella parentela, iba al acecho de las claves para entender. Mi madre no era muy esclarecedora: había huido de sus raíces y no había dejado de criticar su país natal, que la había decepcionado. Quizá incluso traicionado. Mi búsqueda, poco explícita y deshilvanada, me permitió sin embargo construir mis orígenes. Podía contar con la complicidad de mis numerosos primos y la indulgencia de mis tíos y tías, que, gracias a su afecto fiel y efusivo, constituían para mí un cordón umbilical indestructible con Venezuela.

Aquel país era mi edén: el único lugar sobre la tierra donde me sentía feliz. Me había apropiado de él paulatinamente con cada una de mis visitas. La llegada de Hugo Chávez al poder en 1999 –que se acompañó de una inseguridad alarmante y una rápida degradación de la situación socioeconómica– obstaculizó aquel idilio. Esto explica en parte mi antichavismo radical. Había seguido de cerca al joven militar golpista durante su campaña electoral, e incluso predije su victoria por haber recorrido los barrios de chabolas. La comida que tuve con él a solas no sirvió para tranquilizarme sobre el personaje: imposible no desconfiar de aquel populista de elocuencia enardecida. Por aquel entonces se pensaba que el agitador sería capaz de sanear un sistema bipartidista desgastado tras cuarenta años de estabilidad democrática excepcional. La gente no se había percatado del dominio de Fidel Castro sobre él: la revolución bolivariana se convertiría en un subproducto de la revolución cubana. Ver a tu patria naufragar resulta tan doloroso como ver apagarse a un ser querido. He sufrido ambas cosas con amargura.

En Francia, gracias a mis abuelos paternos, vivía en una protegida atmósfera burguesa y hogareña. Me contaban anécdotas familiares entre risas y confesiones. Todo lo que era áspero o doloroso se suavizaba. Aquel mundo documentado, ilustrado con fotografías, encarnado en casas, marcado por

algunas reuniones familiares, me daba seguridad. Podía situarme al final de un árbol genealógico.

Al contrario que mis padres, cuyas respuestas estaban hechas de ambigüedades y alusiones evasivas, mis abuelos siempre respondían a mis preguntas con detalle y seriedad. Me inscribían en una historia, la suya. Sin embargo, cuando abordaba el tema de la juventud de mis padres, me topaba con un muro. Entonces todo se volvía más enigmático: mis abuelos se mostraban reticentes, mis padres cambiaban de conversación. Mi padre tenía recuerdos vacilantes. Mi madre, evasiva, pretextaba las sutilezas complejas de la época que me impedirían entender del todo.

No se equivocaba. Nunca entendí nada, ni sobre su compromiso político ni sobre su vida disoluta. Eran mis padres, mi entorno más íntimo, pero aun así el más indiscernible. Eran –y siguen siendo– incomprensibles. Sus motivaciones –a excepción de tener tranquilidad para leer y escribir– siguen resultándome enigmáticas; sus alegrías, desconocidas; sus angustias, pletóricas y existenciales. Comparten un sentido analítico agudo y la sensación de ser unos marginados. Todo ser tiene sus misterios, por supuesto. A veces cae la máscara y se vuelve menos impenetrable. Pero no les importaba ser indescifrables. En los medios se hablaba de ellos, los veía en la televisión, pero en casa nada revelaban y explicaban aún menos. Yo me resigné a esa situación.

Más tarde deserté del seno familiar. Y a medida que fui avanzando en la vida, cada vez me interesaron menos. No compartíamos opiniones, ni ocios, ni ritos familiares. ¿Fractura generacional o incompatibilidad de carácter? «Ambas, mi capitán.» Aquella distancia era conveniente para todos. Lo que ganaba en libertad, lo perdía en afecto. Y ellos protegían su tranquilidad.

Hay cosas que nos alcanzan cuando menos lo esperamos. Durante una entrevista en Madrid, con motivo del lanzamiento de mi biografía del Rey de España, Juan Carlos I, en el momento de su abdicación en junio de 2014, un periodista, joven y simpático, me preguntó si era la hija del intelectual francés acusado de haber entregado al Che cuando fue detenido en Bolivia. Le pregunté sobre su fuente. Wikipedia. Evidentemente. Reconduje la conversación sobre «mi» rey y salí corriendo a comprobar lo que había dicho. En efecto, el sitio web español de esa enciclopedia de referencia confirmaba las sospechas.

Al volver a París, le pedí explicaciones a mi padre. ¿Podía ser claro una vez por todas sobre aquel asunto? Sin bellas perífrasis, sin metáforas rebuscadas, sin referencias inteligibles que entenderían únicamente los académicos. Solo los hechos, sobrios y detallados. El silencio no ayuda a comprender. Tampoco el

desprecio ante las difamaciones. «Tu madre lo hizo muy bien.» Se refería al artículo publicado en *Libération* en 2001, cuando la polémica alimentada por la hija del Che cobraba importancia. Edwy Plenel ya había denunciado aquellas «calumnias castristas» en la portada de *Le Monde* en 1996. «Pero, entonces, ¿por qué mi madre no aparece siquiera citada en el artículo de la Wikipedia?» «¡No tengo ni idea!», concluyó con su semblante ceñudo habitual. Su exmujer, su único testigo y memoria, sin lugar a dudas le estorba. Conoce las claves del mito. ¿Cómo construirse una leyenda ante la mirada de un censor? ¿Y cómo explicar a los que viven en otro mundo y en otra época hechos y gestos que pertenecen a un tiempo pasado?

Mi padre solo se ocupa de su obra. Para lo demás, delega. Estudia las diferentes formas de transmisión desde la mediología, disciplina de la que es fundador, pero se preocupa muy poco de los escándalos que deja a su descendencia. «¡Después de mí, el diluvio!» Ya se sabe, en casa del herrero, cuchillo de palo. ¿Qué hacer, pues, con esa sospecha que ensombrece mis orígenes? ¿Y si fuera la hija de un delator? ¿Y si hubiera vivido hasta ahora en la impostura? Una sensación de malestar se apoderó de mí. Y de repugnancia ante tanta cobardía y ambivalencia. Mientras los adolescentes, y los adolescentes eternos, enarbolan camisetas con el retrato de Ernesto Guevara por todo el mundo, el asunto seguirá siendo embarazoso... ¿Qué les contaré a mis hijos cuando les llegue la edad de la rebelión y la admiración por los revolucionarios?

En abril de 2015, volé a Cuba gracias a *Paris Match*. Se había convertido en un destino de moda desde la normalización de las relaciones con Estados Unidos. Una vez allí, resultó imposible escapar de mi historia familiar: pasé por casualidad delante de lugares donde habían vivido mis padres; de improviso me encontré con algunos de sus amigos. Mis recuerdos enterrados se arremolinaban. Ahí unos helados deliciosos, los más deliciosos porque acababa de salir de un mes de entrenamiento en un campamento de jóvenes pioneros donde los dulces no eran lo más frecuente. Yendo por el Malecón, emergió la reminiscencia de mi primer concierto al aire libre, de esa sensación tan rara de placer y emoción. Y ese viento caliente que te hace cosquillas en el cuello y anuncia lluvia. Pero al final me invadió un profundo sentimiento de desesperación ante la situación social del país. Se ha santificado al Che y a Fidel Castro, pero los verdaderos héroes son los cubanos, que, con un sentido del humor y un ingenio sin igual, sobrellevan las dificultades del día a día. ¿Cómo es posible que mis padres aprobaran un proyecto político como aquel, fundado sobre la represión, la exclusión y el poder absoluto? ¿Cómo pudieron pensar que una economía

establecida por funcionarios podía ser viable? ¿Pueden justificarse, en nombre de la emancipación y la igualdad, todas las decisiones erráticas?

En los años sesenta, mis padres eran jóvenes, atractivos, brillantes y revolucionarios..., y lo perdieron todo con la Revolución. O quizá fue al contrario: ganaron sabiduría –y notoriedad– más deprisa que los que no se «mojaron», los que se quedaron discutiendo pacíficamente de política en los cafés del boulevard Saint-Germain. Por implicarse demasiado, se les condenó para siempre a ser sospechosos a los ojos de aquellos que no lo hicieron, o que no creyeron en ello, y quizá incluso a los ojos de la historia. ¿Es este el reverso de la moneda de todo compromiso?

A mi regreso de La Habana, me permitieron acceder al archivo de *Paris Match*: artículos impactantes de estilo novelesco y grandes fotografías en blanco y negro que relataban la trágica situación de mi padre, encarcelado en un calabozo perdido en medio de Bolivia. Ante aquellos documentos, mi corazón se encoge: me emociona la seriedad, la dignidad de mis padres, la pureza y lo implacable de su compromiso. Le muestro a mi padre los vestigios de esa «prensa burguesa» que él tanto ha fustigado. Se encierra en el mutismo y por fin dice: «En aquella época era posible escribir reportajes extensos.» ¿Es el pudor lo que le obliga a encerrarse de ese modo? En las entrevistas, lo resuelve diciendo: «La cárcel te ofrece una oportunidad formidable: tienes tiempo para leer y escribir.» Pero durante su detención no siempre tuvo acceso a los libros ni tranquilidad para la reflexión. ¿Acaso esa alegre cantinela le permite conjurar los malos recuerdos? Esa experiencia puede ser anecdótica para ciertas personas, ya que muchos se han dejado la piel en ella, pero, en relación con una vida, resulta forzosamente determinante.

¿Un apellido implica valores? ¿La filiación supone obligaciones? Toda pertenencia es una cárcel; toda leyenda una servidumbre. «Debemos profundizar en nuestras pertenencias, cultivarlas, visibilizarlas. Y si la mirada de otro intenta transformar ese regalo original en una tara, entonces tenemos que [...] convertir la vergüenza en orgullo», dice Mona Ozouf. Programa ambicioso..., intimidante por su amplitud.

He escarbado para intentar comprender mejor el recorrido de mis padres, esos seres desgarrados y tan previsores como torpes. Para mostrarme más indulgente con ellos. Para asimilar su herencia simbólica. Yo que soy en todo lo opuesto a ellos: una familia estable, una existencia prudente, ordenada y organizada, lejos del poder y de la *intelligentsia*. Me encontré entonces con un laberinto de complejidades y sutilezas que he intentado desentrañar.

No soy testigo, ni especialista, ni mucho menos juez. Tengo el privilegio de conocer el final de la historia y de haber frecuentado a personas y lugares que son actores de esta aventura novelesca. Tengo la desventaja de estar convencida de los estragos que provoca el compromiso político en la existencia. De despreciar dicho compromiso cuando se convierte en arribista. Y de ser impermeable a la mística de la lucha y de los mañanas gloriosos. Los ideales no me hacen soñar: soy pragmática, realista y me baso en los hechos.

Durante una mudanza, reaparecieron testimonios de su pasado familiar. Mi abuela había dejado unos archivos que ilustraban unos recorridos animados y pletóricos. Con ocasión de un robo con allanamiento, comprendí que aquellas pruebas eran frágiles. Aquellos talismanes –fotos, notas manuscritas, recortes de prensa–, a pesar de estar bien conservados, eran volátiles. Hubo que compensar su desaparición, reorganizar lo que quedaba, fisionear.

Mi instinto de historiadora me empujó entonces hacia los archivos. Pero resultaba más cómodo realizar una investigación sobre el Rey de España, todavía en funciones, que sobre las tribulaciones de mis padres en América Latina. Algunos archivos no se abrirán hasta 2051: ¡nada mejor para alimentar rumores y conspiraciones! Mi madre, preocupada por no traicionar sus compromisos de juventud y por proteger a mi padre –el divorcio no había mermado su lealtad–, aceptó responder a algunas preguntas, entre el bullicio de mis hijos y las comidas que nos prepara siempre con tanto talento.

Finalmente comprendí que jamás podría entenderlo todo ni saberlo todo. Muchos de los aspectos de las vidas de mis padres permanecen opacos. La verdad, según Mona Ozouf, no reside «ni en lo que se dice ni en lo que se escribe, sino en lo que se hace». Únicamente ellos conocen sus verdades. ¿Quién puede explicarlas en su lugar? ¿Son héroes o renegados? Supervivientes en todo caso. Pertenecen a una época en la que las estrellas no eran los presentadores de televisión o los futbolistas, sino los intelectuales comprometidos.

¿Por qué me excluyeron de su historia? ¿Deseaban ahorrarme el papel esclavo de guardiana del templo? ¿O fue porque yo no estaba a la altura de la leyenda? ¿El sentimiento de culpabilidad propio de quien ha salido indemne de una catástrofe les impedía confiar en mí? De común acuerdo, no querían relacionarme con su pasado. Me gusta pensar que deseaban protegerme de él.

He descubierto hechos que no habría querido conocer. A veces el mito fantaseado es preferible a la cruda realidad. ¡Menuda idea realizar una investigación sobre mis padres en el momento en que empezaba a ser madre yo misma! La búsqueda de mi identidad llegaba con algo de retraso. Para

protegerme, les consideré los héroes de una película de aventuras cuya historia, romántica, complicada y a veces dramática, acababa bien gracias a mi nacimiento. Aunque mi llegada acentuara el deterioro de una pareja y de un compromiso... He avanzado siguiendo el hilo de la comprensión y la lucidez, intentando no vacilar.

He aquí la crónica de una película que conjuga la pequeña y la gran historia.

Mi madre procede de otro lugar, de un lugar exótico, Venezuela, donde la desmesura es ley. Allí todo es extremo, tanto la vegetación exuberante –la selva densa del Orinoco, los Andes altaneros, las playas de tarjeta postal– como la sociedad, con barrios de chabolas sin fin que dominan las zonas residenciales elegantes y sus villas lujosas. La naturaleza también ha dotado a esta tierra de un suelo fértil y de gran abundancia. Venezuela es, ante todo, un país petrolero, hasta hace poco el más rico del continente. Se asienta sobre una montaña de oro negro, lo que constituye su fuerza y su debilidad. Mi madre no pertenece a la cultura del petróleo, americanizada y desacomplejada. Procede de un mundo anterior al petróleo, un mundo tradicional que vivía en las haciendas, al ritmo de las estaciones del año y de las cosechas de café y cacao, un mundo culto y refinado.

Don Salvador Tortolero embarcó en 1630 en Sevilla para hacer fortuna en las Américas. El Rey de España le concedió una propiedad en la región de Carabobo, que gozaba de un clima suave de montaña. Se beneficiaba de un apellido raro que significaba «el que se ocupa de las tórtolas», que por aquel entonces eran consideradas pájaros sagrados, mensajeros de Dios. Esta mística repercutía en la familia, consciente de su valor y de sus privilegios. Para evitar la parcelación de sus tierras fértiles, se casaron entre primos. A veces se aliaban con familias de comerciantes de Puerto Cabello, el segundo puerto del país. Así controlaban todos los eslabones de la cadena, desde la siembra hasta la exportación hacia Europa. En sus explotaciones, establecieron pueblos para cuidar del bienestar de una mano de obra entregada y sumisa. Llevaban una vida agradable de propietarios ilustrados.

Algunos herederos no se interesaron demasiado por los negocios de la familia y prefirieron ilustrarse en el dominio de la filosofía y las artes. Carlos Brandt Tortolero fue, a principios del siglo xx, un librepensador que pagó con creces su toma de posición en favor de la libertad de expresión en su periódico, ya que fue encarcelado en condiciones sórdidas bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez. Durante su exilio en Europa, publicó entre otros títulos *El fundamento de la moral*, prologado por Albert Einstein, antes de convertirse, en Estados Unidos, en doctor en naturopatía y fundador del movimiento vegetariano. La correspondencia que mantuvo con Tolstói, George Bernard Shaw o Gabriela

Mistral alimentó su reflexión, recogida en unas cuarenta obras publicadas a lo largo de su vida. Aquel hombre alto, de expresión seria, porte aristocrático y rigor de asceta fue demasiado adelantado para su época y su país como para poder saborear la gloria y el aprecio de sus compatriotas. Mi madre tuvo la suerte de conocerlo y apreciarlo, de percatarse de las marcas de grilletes en sus tobillos, de valorar su valentía y originalidad. Solo después de su muerte, acaecida en 1964, fue reconocido y se le rindió homenaje.

Su hermano menor, Augusto Brandt Tortolero, se interesó por la música y llegó a ser admitido como becario en el conservatorio de Bruselas, donde consiguió el primer premio. Aquel violinista de gran talento tampoco soportó el sesgo autoritario y represivo bajo el que vivía el país. Huyó de la dictadura para convertirse en primer violín y luego en director de la orquesta de Nueva York. Compuso sobre todo melodías románticas que le valieron la fama a su regreso a Venezuela en 1935, tras la muerte del dictador.

Mi madre tenía antepasados ilustres, de los que nunca presumió, o terratenientes, ligados a una región pero sin perder de vista el mundo, que padecían los avatares políticos pero administraban de la mejor manera posible su propiedad. Hasta que Néstor —el abuelo de mi madre—, que administraba la explotación familiar, murió brutalmente aún joven, en 1920, dejando a su esposa María, encinta e inocente, con cuatro hijos, de los cuales el mayor resultó ser un despilfarrador y un irresponsable.

María esperaba dar a luz a un niño, pero tuvo una niña, Néstar, llamada así en recuerdo de su difunto marido y a la que colocó enseguida en un internado de monjas. María era capaz de cantar todas las estrofas de «La Marsellesa» y mantener con buen gusto su casa, pero se vio agobiada por la educación de sus hijos mayores y los problemas que engendraba una propiedad demasiado grande para ella. La hermosa hacienda de café, tabaco y cacao, que había permitido a tres generaciones de Tortolero hacer llegar de París vestidos elegidos sobre catálogo y beber champán francés las noches de fiesta, fue extrañamente donada a la Iglesia. María había buscado consuelo en la religión. Los hombres de fe le prometieron como compensación una pequeña renta, además de asumir la instrucción de la menor de sus hijos, Néstar. También se ganó un lugar en el cielo. Fue así como se destruyó la obra de toda una dinastía, construida a lo largo de dos siglos. Ningún primo pudo hacer valer sus derechos contra el control del clero; ningún tío consiguió llevar a buen puerto recurso alguno contra la Iglesia. La familia acorralada se instaló en la ciudad, en Valencia, la segunda urbe del país, que estaba saliendo de su aislamiento y se estaba modernizando, y dejó

atrás aquella propiedad, aquel rinconcito de paraíso perdido y su arte de vivir, apacible y delicado, que acaparó el imaginario familiar y acaparará el mío hasta hoy. Desde entonces somos todos unos desarraigados. Y nos sentimos desorientados.

En cuanto salió del convento, Néstar, mi abuela, una hermosa joven de tez blanca y grandes ojos verdes, se enamoró del primer donjuán que pasó. La pareja se instaló en una casita en Valencia. Después de cuatro hijos, la mayor de los cuales fue mi madre, nacida en 1941, y seis años de matrimonio, el señor Burgos, hombre de negocios aficionado a la bebida, vendió la casa familiar y se fue para fundar otro hogar, dejando sin recursos ni techo a una prole muy joven a cargo de una mujer desvalida. Nunca más se le volvió a ver. Después abandonarían otros dos hogares. He oído hablar de él en contadas ocasiones; incluso los reproches habrían supuesto un honor demasiado grande. No conozco la expresión de su rostro. Nuestros caminos nunca se cruzaron. No he tenido un abuelo materno. Y mi madre nunca tuvo que enfrentarse a la autoridad paterna.

Néstar se refugió con sus hijos en casa de una hermana, dejando a la mayor, Elizabeth, con su abuela María, para que siguiera su escolarización en un centro de muy buena reputación, dirigido por una congregación de monjas francesas, Saint-Joseph de Tarbes, que veneraban a la Virgen de Lourdes. Y también para liberarse de una carga, ya que la madre abandonada sobrevivía con dificultad participando en la campaña de alfabetización, dando cursos de costura y vendiendo bordados.

Don Carlos Mazziota, un elegante viudo italiano que vestía trajes de lino blanco y había conseguido prosperar en sus negocios, se enamoró de aquella madre soltera, hermana menor de su contable. Fue a buscarla en su Cadillac negro para instalarla, con su prole, en una casa tan grande que tenía un patio con veinte árboles de mango. Néstar habría podido alegrarse de aquella nueva situación que le permitía proteger a los suyos. Además, la ferretería de su cuñado, en la que ayudaba como dependiente, no estaba lejos. Pero ¿se mostró don Carlos Mazziota demasiado insistente o fue el orgullo lo que impidió a Néstar vivir bajo la sumisión y la dependencia? El caso es que acabó por abandonar al pretendiente, su casa, su fortuna y su benevolencia. Todos condenaron esta decisión impulsiva, que fue tildada de irresponsable. Sus hijos nunca se lo perdonaron.

Néstar se obstinó en celebrar un mal matrimonio con un primo lejano, Rafael, conductor de camiones y manitas, excluido del círculo familiar por ser fruto de una relación ilegítima con una criada negra. Néstar se instaló en la periferia

pobre de Valencia con aquel hombre, pobretón, más amable que su primer marido, con el que tuvo dos hijos. A él tampoco llegué a conocerlo. Su presencia nunca fue immortalizada en una foto. Néstar aparece con expresión melancólica entre un montón de niños, pero él nunca está. Mi madre vivía sin figura paterna y con una madre desbordada por la vida y por sus seis hijos a los que alimentar. En casa, a la hora de comer, los buenos modales se observaban aunque los platos estuvieran vacíos, se expresaban correctamente aunque no tuvieran invitados, apreciaban las cosas bellas aunque no pudieran adquirirlas.

La hija mayor, Elizabeth, ayudaba a su madre lo mejor que podía, ocupándose de sus hermanos pequeños después de hacer sus deberes. Pero un día se hartó de ser un ejemplo, y aquella adolescente, menuda a fuerza de comer solo fruta y arroz, con un corte de pelo a lo garçon que enmarcaba unos ojos negros de mirada triste pero decidida, se rebeló. No quiso asistir más a la misa dominical. Aquel primer gesto de insumisión fue tolerado. El cura de la parroquia, indulgente y perspicaz, amigo de la familia, que en el pasado había ejercido en Dinard, no se ofendió. «Las reflexiones de esta joven se inscriben en el pensamiento del Siglo de las Luces. Tiene un porvenir ya trazado en Francia», le explicó a Néstar, animándola a conceder más independencia a su oveja descarriada.

Mi madre se instaló en casa de una tía, y dormía en la biblioteca. Por la noche devoraba las novelas rusas y francesas del siglo XIX, y de día, los periódicos. Apreciaba la compañía de su primo de mirada penetrante y sonrisa dulce Teófilo José, empapado de literatura, música y política, que se convertiría en un poeta reconocido. También frecuentaba a sus vecinos, polacos, lituanos, alemanes, italianos, y disfrutaba en sus casas del modo de vida a lo europeo.

El dictador Marcos Pérez Jiménez había llamado, al terminar la Segunda Guerra Mundial, a una mano de obra cualificada para modernizar aquel país de cinco millones de habitantes que gozaba ya del maná petrolero. Venezuela integraba a aquellos inmigrantes a la misma velocidad que se construían carreteras, puertos, aeropuertos, líneas de ferrocarril, presas, que surgían flamantes campus universitarios, que aparecían localidades turísticas costeras y que cambiaban de aspecto los centros urbanos. Al mismo tiempo que se producía la rápida urbanización de la población –en 1940, el 60 % de la población era rural; veinte años después, el 60 % de la población era urbana–, se construyeron resplandecientes aglomeraciones urbanas para trabajadores, en las que las condiciones de vida eran tan importantes como la armonía arquitectónica. Los

desfiles militares celebraban las innovaciones e inauguraciones. Una nación nueva brotaba velozmente a pesar de la represión política y la corrupción.

Con apenas quince años, la joven Elizabeth se emancipó: se afilió a las Juventudes Comunistas, organización clandestina que tenía el mérito de permitir el trato con hombres modernos, cultos, abiertos, y de prometer un horizonte de libertad. ¿O se trataba en realidad de expiar su malestar? Se ahogaba bajo el control de la Iglesia, del colegio represivo de monjas –donde era una alumna brillante– y de su madre, en una sociedad sometida a una estrecha vigilancia ideológica y social.

Fue elegida por la Juventud Comunista para participar en el Festival Mundial de la Juventud y de los Estudiantes, bienal organizada desde 1947 por el Partido Comunista soviético. La dictadura de Pérez Jiménez había caído el 23 de enero de 1958, y los barbudos tomaron el poder en Cuba un año después: el tiempo de las esperanzas había llegado. La democracia venezolana balbuciente liberaba los espíritus e incitaba a la emancipación individual. Mi madre aprovechó la oportunidad que le ofrecía el PC para soltar amarras hacia Europa, con su título de enfermera en el bolsillo. Aunque todavía era menor, su madre no le impidió irse. Sin duda la envidiaba por emprender aquel periplo, ella que nunca había salido de las fronteras de Venezuela. En aquella época, no existían los chárteres: cualquier viaje lejano adquiriría la apariencia de una expedición extraordinaria.

En 1959, tras aterrizar en Roma, viajó en tren a Viena, donde le esperaban conciertos de bienvenida y talleres de reflexión anticapitalista. Pero prefirió recorrer los museos vieneses y frecuentar los cafés. Gracias a la solidaridad del PC, pudo proseguir su aventura hasta Moscú. No esperaba descubrir el subdesarrollo y la tristeza en los rostros, ella que acababa de dejar un país del trópico donde se bailaba incluso cuando todo iba mal y donde las comodidades estadounidenses se habían convertido en norma.

De regreso a Roma, el tren se detuvo en Venecia. Subyugada, descendió y se instaló en la pensión más barata del barrio de la estación. Telefoneó a su madre para prevenirla de que no iba a volver, al menos no de inmediato, y se encaminó hacia una pequeña trattoria donde conoció a unos italianos que sabían de Venezuela porque un miembro de su familia había emigrado a ese país. Fue a comer allí con regularidad y se dedicó a recorrer la ciudad durante varias semanas antes de viajar a París, donde pensaba encontrarse con los jóvenes venezolanos comunistas que había conocido en Viena. Fue fácil; las células comunistas eran tan eficaces como hoy las redes de Facebook.

Aquella flacucha de larga melena negra y tez de color ámbar, que algunos

habrían podido considerar frágil y tímida, no dudaba de nada. Allí estaba en la Ciudad Universitaria Internacional en compañía del que se convertiría en el crítico de arte más famoso de Venezuela, Roberto Guevara. Se introdujo en el círculo de los pintores y escritores, disfrutó de la vida bohemia parisina con pasión y saboreó los restos gloriosos de una cultura que iniciaba su declive.

París era por aquel entonces la capital de la literatura latinoamericana: Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa buscaban el calor de los cafés mientras escribían sus primeras novelas. Mi madre, la más joven del grupo, y a menudo también la única mujer, encontró un trabajo de *au pair* en la place Saint-Sulpice, en casa del agregado de prensa de la embajada de Estados Unidos, al que no parecían importar demasiado las opiniones políticas de sus empleados. Las instalaciones sanitarias eran más nuevas que la media francesa –los cuartos de baño privados todavía no se habían generalizado–, y esto la alivió mucho.

Asistía a los cursos de la Alliance française; vio *Hiroshima mon amour* hasta entenderlo todo, *Noche y niebla* también; y leía todos los días *Le Monde* con un diccionario. Conoció, en casa de su jefe, al fotógrafo estadounidense Man Ray y a su mujer Juliet, cuyos originales atuendos admiraba. Frecuentaba su apartamento de la rue Férou, donde a veces se cruzaba con Tristan Tzara. El PC le había dado un pasaporte para el mundo, pero el entorno artístico era su lugar predilecto, y un refugio también, lejos de los tumultos de la Guerra de Argelia y de las muestras humillantes de sospecha que su físico podía inspirar.

Su curiosidad no tenía límites: fue a Múnich a visitar a una amiga alemana. Conoció el trabajo duro de la cadena de montaje en una fábrica de tapacubos, para poder pagarse una habitación en un albergue de estudiantes y clases de alemán. Visitar museos no era suficiente para compensar la dureza de la vida germánica, suavizada por la presencia de un grupo de cómplices bolivianos entre los que estaba Jorge Vázquez Viaña, que se convertiría en compañero de la aventura boliviana del Che antes de ser detenido, torturado y asesinado en 1967.

Hasta 1962 no regresó a Venezuela, después de tres años de un peregrinaje que habría tenido que durar tres semanas. Aquella vida llena de peripecias y despreocupación me recuerda el fragmento de Félicien Marceau citado por Alain Finkielkraut en su discurso de ingreso en la Académie française:

«– Ante todo, ¿cómo está?

–Está muy bien.

–¿Es feliz?

–Es libre.

–¿Eso es distinto?

–Es un piso más arriba.»

El comunismo suponía un estilo de vida, además de unas convicciones políticas. La libertad era para mi madre el valor esencial: la había elegido, practicado, amado y nunca más podría renunciar a ella.

A su regreso, consiguió un trabajo de bibliotecaria en la Universidad Central de Caracas, lo que le permitió seguir por libre las clases, y para redondear sus ingresos se dedicó a transcribir coloquios. Naturalmente, se reincorporó a las redes comunistas que, por orden de Fidel Castro, habían iniciado la lucha armada contra el socialdemócrata Rómulo Betancourt, elegido presidente democráticamente, algo que era una excepción en el continente. La militarización del PC no enfrió su compromiso.

Conoció a un profesor que había estudiado derecho y sociología en París, Oswaldo Barreto. Aquel mestizo de pelo rizado y tez blanca pertenecía a un grupo de apoyo a la guerrilla clandestina. Había vuelto de Francia con una esposa iraní, Vida, una estudiante de arquitectura cuya mejor amiga, Farah Diba, se convertiría en shahbanou. La Escuela de Arquitectura del boulevard Raspail podía, por aquel entonces, forjar destinos peculiares, de emperatriz a activista política. Entre Elizabeth y aquella pareja de sartrianos surgió una amistad sólida; y para mi madre la amistad es un lazo serio, un contrato de por vida.

Oswaldo, con su apariencia de eterno adolescente, tan divertido como inteligente y con una risa contagiosa, presentó a mis padres un día de 1963. Todo empezará –para mí– en ese momento.

Mientras estoy inmersa en la redacción de estas líneas, intento ir a Venezuela para realizar un reportaje sobre cómo sobreviven los venezolanos, cuyo día a día se reduce a hacer cola para abastecerse de lo necesario cuando lo encuentran, mientras que hace quince años este país era el más próspero de la región. Me asusta enfrentarme a esa situación agobiante, pero me alegro por adelantado de volver a ver a mi familia y a Oswaldo. Podría ser la ocasión de saber algo más de aquel primer encuentro entre mis padres. Siempre tiene un montón de anécdotas graciosas sobre aquella época y las describe con elocuencia y humor. A pesar de una vida caótica, y a pesar de los años pasados en la cárcel, su vitalidad y desparpajo permanecen intactos. Por desgracia, no me darán el visado de periodista. Unas semanas más tarde, al hojear la prensa local buscando información sobre las últimas manifestaciones que ya habían causado una decena de muertos y varios cientos de arrestos, me enteré por casualidad de su muerte. Habría preferido enterarme de la noticia por mis padres. Aquello me

dolió doblemente. El único testigo de su relación se había ido; su historia ya solo les pertenecía a ellos. Hay personas que se aventuran por territorios íntimos para apropiarse de lo que no han conocido. Yo no lo haré. ¿Por respeto? A medida que avanzo en mi investigación, me doy cuenta de que hay cosas que prefiero ignorar.

Título de la edición original:

Fille de révolutionnaires

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© de la traducción, Cristina Zelich, 2018

© Éditions Stock, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3987-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es